



Homilía en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús «Reinaré en España con más veneración que en otras partes»

Sentido de la consagración. El próximo 21 de Junio los Obispos de España se reunirán en el Cerro de Los Ángeles para renovar la consagración de España al Corazón de Jesús. La Solemnidad del Sagrado Corazón nos ofrece la oportunidad de reflexionar en el significado y el valor de ese importante acto eclesial. El sentido último de esta consagración puede ser iluminado por las sabias palabras pronunciadas por el Papa Pío XI en la Encíclica *Miserentissimus Redemptor*: «Porque en la época precedente y en la nuestra se llegó, por las maquinaciones de hombres impíos, a rechazar la soberanía de Cristo nuestro Señor y a declarar pública guerra a la Iglesia, con leyes y movimientos populares opuestos al derecho divino y la ley natural. Y hasta hubo asambleas que gritaron: «No queremos que Éste reine sobre nosotros», la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús clamaba unánime, oponiéndose acérrimamente, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: «Es necesario que Cristo reine. Venga a nosotros tu Reino». Feliz consecuencia de esto fue que todo el linaje humano, que por derecho nativo posee Jesucristo, único en quien todas las cosas se restauran, fuese consagrado por nuestro predecesor León XIII, al comienzo de este siglo, al Sacratísimo Corazón de Jesús, con aplauso del orbe cristiano.» (n.4)

En este pasaje, el Papa Pío XI se expresa con toda claridad y sus palabras son igualmente válidas para el contexto histórico actual. A través de un largo y complejo proceso, Occidente ha rechazado la dulce soberanía de Cristo. La Iglesia católica en España quiere por tanto proclamar pública y solemnemente su pertenencia total a Cristo Rey, su dueño y soberano «por derecho y por conquista». Ciertamente la aceptación de la misericordia y del don implica el reconocimiento de la indignidad y de la miseria. De aquí el recelo y la resistencia que suscitará en muchos un mensaje que no puede dejar de invitar a la expiación y reparación por el pecado.

Culto al Corazón de Jesús. La espiritualidad del Corazón de Cristo propone con divina simplicidad y autenticidad el mensaje de salvación. En ella se concreta para el hombre de hoy la síntesis que muestra el íntegro misterio de la economía redentora y la visión cristiana del universo y de la historia en su más perfecta unidad.

En el culto al Corazón de Cristo, en el que habita corporalmente la plenitud de la divinidad, se alaba a Dios porque es bueno y su misericordia es eterna. Y se nos llama a reparación por el pecado, a corresponder a su amor y a reparar la injusticia de nuestro desamor. En su gran bondad, Dios nos envió a su Hijo, nacido de mujer, hecho en todo semejante a nosotros, para sensibilizar en su Corazón su eterno amor misericordioso. La efusión del amor divino ha querido excitarnos a compasión hacia el Hijo del Hombre, vulnerado por nuestro desamor. Consagración y reparación, el doble elemento del culto al Corazón de Cristo conforme a la enseñanza del magisterio de la Iglesia, sintetizan amor y religión en unidad inseparable. La entrega al Amor es acatamiento a la soberanía de Dios; la reparación a la justicia es voluntad de «consolar» el Amor no correspondido.

Misterio reservado para los últimos tiempos. Aunque lo esencial de este culto ha estado siempre presente en el núcleo mismo de la fe, por divina providencia éste se ha ido explicitando en los últimos siglos. Las primeras revelaciones se dieron en un contexto monástico, con Santa Gertrudis y Santa Matilde en el monasterio de Helfta, a fines del SXIII. Sin embargo, su desarrollo pleno lo tendrá luego con Santa Margarita María en el S.XVII.

Hay un fragmento del libro de las revelaciones de Santa Gertrudis que es muy iluminador. En una visión que la santa tuvo del apóstol San Juan, ella le preguntó porqué, habiendo reposado su cabeza en el pecho de Jesús durante la última cena, no había escrito nada para nuestra instrucción, sobre las profundidades y misterios del Sagrado Corazón de Jesús. San Juan le respondió: «Mi ministerio en ese tiempo en que la Iglesia se formaba consistía en hablar únicamente sobre la Palabra del Verbo Encarnado..... pero en los últimos tiempos, se les está reservado la gracia de oír la voz elocuente del Corazón de Jesús. A esta voz, el mundo, debilitado en el amor a Dios, se renovará, se levantará de su letargo y una vez más, será inflamado en la llama del amor divino». En este pasaje se ve como dentro del plan providente de Dios, el mensaje del amor misericordioso del corazón de Cristo está puesto como remedio a los males de los tiempos úl-

timos. En él está la total epifanía del amor divino que arde en deseo de atraer hacia Sí a todos los hombres, también a los que reniegan de Él.

La apostasía. La contemporánea apostasía de la fe cristiana, en un mundo heredero de los valores espirituales y culturales de la Cristiandad, se ha producido por la suplantación de las verdades de la fe por la fuerza de un «mesianismo redentor secularizado». Esto no es más que el deseo del hombre de salvarse a sí mismo, rechazando el don redentor de Cristo. Es importante reconocer que ninguna de las herejías anteriores había podido borrar tan eficazmente de la conciencia social de Occidente la fe en el Evangelio y el anhelo de la vida eterna en el gozo del Señor.

El proceso de este humanismo, que con más precisión que con el término «ateo» puede ser definido con el de «autodivinizador» del hombre, se desplegó en las diversas fases de la evolución de la «modernidad» desde el Renacimiento. Nada puede darse más opuesto a la fe católica que la autodivinización y la adoración del hombre por sí mismo. Lo «anticristiano» por antonomasia podría definirse por aquella actitud.

Emmanuel Kant, cumbre del racionalismo ilustrado, dice: «El tránsito gradual de la fe eclesial (basada en dogmas) al dominio único de la fe religiosa (dentro de los límites de la razón) es el acercamiento del reino de Dios» (La religión dentro de los límites de la razón, 7). Como Kant, los grandes filósofos ilustrados han buscado un orden social nuevo, con fundamento en sus principios racionalistas y panteístas, una auto-redención inmanente y última que hará venir finalmente la paz social al mundo. Todos estos conceptos han sido tomados del cristianismo y subsumidos en una visión inmanente, secularista y antiteísta. El marxismo, concretamente, no es sino la plasmación histórica de un «mesianismo secularizado intrínsecamente perverso» (Catecismo 676).

Cualquier persona que imparcialmente estudie las obras de Spinoza (1632-1677), Rousseau (1712-1778), Kant (1724-1804), y Hegel (1770-1831), no se extraña nada de que, en la historia de la humanidad, el siglo XX haya sido, en cierto sentido, la culminación de un proceso que, partiendo de la negación de la Iglesia, con Lutero, y siguiendo con la negación de Cristo y de un Dios trascendente, haya llegado a la negación misma del hombre. Por otra parte, en estas «grandes síntesis» filosóficas se encuentra una explicación coherente de la negación del orden natural en los regímenes democráticos actuales. Y también una explicación al fenómeno de la pérdida masiva de la fe en el occidente democrático actual, especialmente los países ricos.

Los Papas del siglo XX han hablado con fuerza de esta inmensa tragedia del secularismo laicista. Por ejemplo, el Papa Pío XI, proclamó con coraje apostólico que, por el camino del «laicismo» o «secularismo», que separa la vida pública de la revelación cristiana y de la autoridad de la Iglesia, se llegaría «a la total ruina de la paz doméstica, al relajamiento de la unión y de la estabilidad de la familia, y finalmente, a la destrucción de la humana sociedad».

El dramático incumplimiento de las falsas esperanza de estos mesianismos secularizados ha llevado a que en la actualidad una corriente de angustia y amargura oprima el ánimo de los hombres, en especial de los jóvenes. Nuestro corazón está inquieto con la inquietud que confesó San Agustín; con la indigencia y sed del rocío divino que claman los salmos. Para vivir como hombres estamos necesitados de que nuestra vida cotidiana, personal, social, familiar y laboral, sean bajo la mirada amorosa del Corazón de Jesús. Necesitamos su reinado de amor.

Retorno al Corazón de Cristo, nuestra única esperanza. La Sabiduría divina, revelada con toda plenitud en el Verbo encarnado, nos dice verdades muy distintas a las que vemos afirmarse en la actualidad. San Pablo escribe de Cristo: «Es necesario que Él reine» (I Cor 15, 25), y más adelante: «Cuando hayan sido sometidas a Él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel [el Padre] que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo» (I Cor 15, 28).

Este es el fin para el que el Beato Juan XXIII convoca el Concilio Vaticano II. El Concilio, «... mientras agrupa las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza en hacer que los hombres acojan con mayor solicitud el anuncio de la salvación, prepara y consolida este camino hacia la unidad del género humano, que constituye el fundamento necesario para que la ciudad terrenal se organice a semejanza de la Ciudad celeste» (Discurso pronunciado en la Basílica vaticana, 11-X-1962, en la Inauguración Solemne del Concilio Vaticano II, párrafo 18). Ésa es la esperanza cierta del Vaticano II: «La Iglesia, juntamente con los Profetas y el Apóstol, espera el día, sólo de Dios conocido, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz, y le servirán como un solo hombre» (Nostra aetate II, 4). Tal es el fin que la Revelación anuncia y asegura: entonces «Dios fijará su tienda entre ellos y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos como Dios suyo, y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte no existirá ya más, ni habrá ya más duelo, ni grito ni trabajo; lo primero pasó» (Ap 21,3-4). Así se cumplirán las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

En todas las esferas de la sociabilidad humana, desde la doméstica hasta la internacional, y en la intimidad de nuestra vida personal, se hacen patentes las palabras del Papa Pío XI en la Ubi Arcano: «La paz que el mundo anhela, la justicia que exige, sólo en el Reino de Cristo puede obtenerla».

La Virgen Santísima, por obra del Espíritu Santo, es la Madre que nos entrega al Rey de un Reino nuevo y eterno, terreno y celestial. San Luis María Grignon de Montfort dejó escritas estas importantes palabras: «Por medio de la Santísima Virgen vino Jesucristo al mundo y por medio de Ella debe también reinar en el mundo (Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, I, 1) Que esta consagración de España traiga muchas gracias de conversión y acabe con el horror del aborto y todos los demás atropellos a la ley natural. Así mismo, que este acto sirva de ejemplo para los demás países del mundo entero. Que todos los hombres retornen al Corazón de Cristo y encuentren en Él la verdadera paz. Amén.